

licada para conmigo, y él me dijo que tanto era lo que le habia simpatizado, que deseaba que en el porvenir llegáramos á estar ambos bajo de una bandera para que fuéramos tan amigos como debíamos serlo.

—Yo no seré imperialista nunca, general, me apresuré á manifestarle, ni partidario de ninguna intervencion extranjera. Sobre ese particular, mis ideas están profundamente arraigadas; los principios republicanos que profeso están encarnados ya en mi propia naturaleza.

—Yo seguí ya esta causa, me dijo con cierta frialdad que no argüia mucho en pro de su fervor manárquico, y con ella tendré que sucumbir.

—Ya veremos que es de nosotros mas tarde, le dije sonriendo para animarlo, y dándole un segundo abrazo.

—Vd. vale mas en la desgracia, que yo en el poder. Vd. es muy jóven y yo soy muy viejo. ¡Adios!

—Adios, general, y otra vez mil gracias.

Sin ningun deseo de conocer al prefecto Mendoza, ni siquiera por la gran reputacion que le habian conquistado sus maldades, salimos al dia siguiente de Colima tomando el camino de las barrancas, otra vez, para regresar Guadalajara.

Habia salido de allí á la campaña á fines de 1863, y volvia en Abril de 1865, sin haber conquistado mas caudal que el de una pequeña dósis de esperiencia.

CAPITULO XIX.

Otra campaña mas peligrosa.

Procuré entrar de noche á mi querida ciudad natal, ocupada entónces por una pequeña guarnicion de argelinos, que estaban sirviendo de apoyo á otros cuerpos, que no me atrevo á llamar de mexicanos. Presenté mi pasaporte al Alcalde Mayor, no tuvo ninguna objecion que hacerle, me metí en mi casa y allí me estuve veinte dias encerrado dentro de sus paredes. Me daba vergüenza salir á la calle en donde mis paisanos imperialistas habian de verme por encima del hombro y en donde debia necesariamente producirme mal efecto la vista de los interventores. Muchos eran los padecimientos que habia sobrellevado en aquella trabajosa campaña precisamente queriéndome evitar tales disgustos, para que me resignara sin mas ni mas á semejante situacion.

El furor se posesionaba de mi corazón cuando se me referían las historias y anécdotas que corrían en aquella sociedad, como la de que tales y cuales damas de las mejores familias se habían enamorado de un francés, como la de que tales otras habían reñido públicamente por un zuavo, como la de que algunos mexicanos habían sido ultrajados por los oficiales extranjeros, sin oponerles ninguna resistencia; como la de que se habían cometido tales y cuales desacatos en el seno de las familias que tenían alojados, y cuando en fin se me aseguraba que los que llevaban la peor parte, por que tenían que sufrir toda clase de humillaciones é insultos, eran los desgraciados que llevaban en sus frentes el estigma de los traidores á la patria y que con ese nombre de maldición que se aplicó por primera vez á Judas Iscariote, eran conocidos y tratados. Estos eran vistos con el mayor desprecio por los franceses, y jefes de categoría hubo, según se decía entonces, que fueron arrojados de la presencia de aquellos á puntapiés.

Todo esto punzaba en lo más vivo de mis sentimientos patrióticos, y me parecía imposible tener la presencia de ánimo suficiente para tolerarlo. Pronto debería ser también una víctima expiatoria.

Tendí la vista hácia todos lados buscando un aduar republicano en donde refugiarme: busqué un núcleo de fuerza armada en que guarecerme y prestar mis débiles servicios. ¡No había nada que no estuviera desmoronándose! En Michoacán había un general Régules que apenas daba señales de vida; en Sinaloa hacía la campaña con muy poco éxito el general Coro-

na, militando á sus órdenes según nos contaban, gentes que no se sugetaban á la disciplina y ya me tenían escabroso las escenas de espanto; en Oaxaca había caído prisionero el mismo Porfirio Díaz que era la esperanza más consistente de los patriotas. Por todas partes la defensa nacional estaba abatida, más que eso, estaba espirante. ¿Qué hacer? ¿á qué decidirse?

Me parece que tomé la mejor de las resoluciones, dadas las circunstancias en que me hallaba. Supuesto que el espíritu público estaba aletargado, lo primero era contribuir á que este despertara. Después del vencimiento casi general había que provocar una reacción en el seno mismo de la patria, dominada pero no vencida. Tomé á mi cargo, sucediéndome lo que me sucediera, publicar un periódico republicano siguiendo el espíritu de otros que estaban ya en la liza, como «La Sombra» en México, la «Idea Liberal» en Puebla y el «Cornetín» en Veracruz. El mío debía ser redactado en estilo jocoso que es el que más se presta para desprestigiar á una administración cualquiera. El hombre más grande puede caer de su pedestal cuando llega á aplicársele propiamente una frase ridícula, como mató Víctor Hugo á Luis Bonaparte, llamándole «Le petit Napoleon.» No hay, no puede haber una ametralladora de mejor éxito que la prensa manejada con ironía, con burla, con mordacidad. Es el género que gusta más al pueblo, el que todos entienden y el que deja en el espíritu huellas más duraderas.

Yo intitulé á mi periódico *El Payaso* é hice todos los esfuerzos posibles para no dejarme arrastrar de la

pasion, y para abstenerme de la diatriba vulgar, man-
teniéndome en una línea que tuviera siquiera visos de
sér espiritual.

El periodismo hasta entónces en Guadalajara ha-
bia estado en una inconmensurable pequeñez. Jamas
se habia sostenido por sí misma una publicacion, ni
habia pasado del modesto tiro de 300 ejemplares, en
la época de mayor efervescencia electoral. Así es que
yo no planteaba una empresa ni establecia un nego-
cio, no aspiraba mas que á conseguir que mi periódic-
o pudiera sostenerse por sí mismo. Yo tenia asegu-
rada mi subsistencia ejerciendo en lo particular mi
profesion en algunos asuntos de arbitraje.

Los resultados aventajaron muchísimo á mis espe-
ranzas. Desde que apareció el primer número del *Pa-
yaso*, fué recibido por el público con entusiasmo y so-
licitado por todos con avidez. No habia casa de ami-
gos ó enemigos en donde no tuviera pasaporte segu-
ro mi humilde publicacion, que poco á poco fué per-
diendo la humildad, cobrando brios y haciéndose el
terror de los imperialistas.

La prensa liberal, que era entónces muy reducida,
saludó con entusiasmo al nuevo campeón de la Repú-
blica, y la enemiga que abundaba, le pronosticó des-
de luego una corta y azarosa existencia.

Para neutralizar el gran prestigio que adquirió *El
Payaso* en todos los pueblos de Jalisco, se establecie-
ron sucesivamente algunos periódicos en Guadalaja-
ra, pagados por el Imperio, empleando á sus escrito-
res de más nota; pero yo estaba de fortuna, al ménos,
en esa clase de combates; y pude hacer flotar mi pen-
don triunfante por encima de todos ellos.

Aquí es preciso hacer una confesion que me cuesta
mucho dolor: el Imperio dió una libertad más am-
plia á la prensa que la que ha tenido relativamente
hablando, en algunas de nuestras administraciones
republicanas, particularmente en los Estados que es-
tán léjos del centro. A lo ménos mientras la guerra
no llegó á ponerse de punto, mientras era insuficien-
te á producir alarma á las capitales, los que tuvimos
periódicos, pudimos escribir en ellos cuanto se nos
ocurió; ya se recuerda todo lo que dijo *La Sombra*
en México y en Jalisco se supo muy bien que el *Pa-
yaso* nunca estuvo á la zaga de ningun periódico repu-
blicano.

El pueblo se conmovia un poco con las exhortacio-
nes de la prensa, pero nuestros esclarecidos liberales
volvian á ambos la espalda. Algunos, que ocuparon
despues posiciones encumbradas, tenian que hacer
manifestaciones públicas de que no tomaban parte en
la redaccion de las hojas republicanas, queriendo ale-
jarse alguna ruda persecucion que ya veian en pers-
pectiva. Pero si no teniamos el apoyo de nuestro par-
tido, tampoco podiamos contar con la mansedumbre
á todo trapo de las personas que se denominaban
autoridades y que sólo esperaban una oportunidad pa-
ra hacérnoslas pagar todas juntas.

¡Y que perjudicial suele ser para algunos hombres
su firmeza de principios!

No lo digo por mí que cuando ménos tenia vida y
esperanzas de prodigarla.

Al estilo de entónces, en que todavía no se daba
ninguna ley conforme á la que tuvieran que regirse
las publicaciones periódicas, luego que la autoridad

observó que el *Payaso* hacía mas mal al Imperio del que al principio se había imaginado, dió una orden terminante y sin apelacion para que se suspendiera por dos meses. Ni siquiera fué permitido que apareciera el número que estaba en planta el cual se reparó clandestinamente.

Miéntas pasaba el término de la suspension me dediqué á conspirar de un modo casi inocente, pues que no habia ni la mas remota probabilidad de que los simpatizadores de la buena causa pudiéramos hacer algo de provecho.

A los dos meses fué nombrado prefecto político D. Mariano Morett, siendo Comisario Imperial el Lic. D. Jesus López Portillo y me consideré con más garantías para continuar publicando el *Payaso*. El primero era mi buen amigo y el segundo era mi amigo y habia sido mi maestro. En ambos dominaba un espíritu tolerante, fuera del cariño que en lo particular me profesaban, y podia contar con que iba á poder ensartar mis críticas contra la institucion monárquica con alguna más de tranquilidad. El primero que era, y lo debe ser todavía, hoy que está metido en su administracion de correos de San Luis Potosí, hombre de buenas intenciones y liberal honrado, me referia muchas veces los abusos de sus compañeros con la intencion de que los publicara lo cual me apresuraba á verificar invariablemente.

Se expidió entónces una especie de ley sobre la prensa que más bien marcaba trámites para suprimir periódicos, y conforme á ella me dirijió mi maestro el Comisario Imperial, una *primera advertencia*.

Esta primera advertencia, que no tenía mas objeto que tenerme cerca de la segunda, fué originada por un parrafillo insignificante en que se hablaba de ladrones. El secretario de la prefectura Sor. Lic. Estevan Alatorre se enconó contra el *Payaso* enderezándole una filípica terrible, esto es, se salió de los términos de la ley redactando una advertencia que más bien parecia un libelo infamatorio. De estas advertencias no era lícito defenderse.

En toda esa época, y esto sirva como un paréntesis, pude estar muy al tanto de cuanto pasaba en las regiones oficiales, gracias á que tenia amigos muy adictos empleados en la Comisaria Imperial, en la Prefectura y en la Alcaldía Mayor que me llegaron á facilitar copias de documentos importantes. Así pude saber que el prefecto de Colima hacia una guerra sin cuartel al *Payaso* diciendo que era un vota-fuego que no debia tolerarse, publiqué entonces yo mismo el extracto de sus notas principales que iban con el carácter de reservadas. Tambien fui el primero en esa vez que tuve conocimiento de una circular secreta expedida por uno de los ministros imperiales contra el periodismo, lo mismo que de los recelos que abrigaba el gabinete de Maximiliano respecto de las relaciones que tuvieran Francia y los Estados Unidos con el Presidente Juarez recomendando que se interceptara toda correspondencia liberal. Principalmente me fueron muy útiles esos avisos cuando se trataba de medidas dictadas contra la revolucion y sus adeptos, pues con ellos pude salvar la vida á algunos amigos en ese triste tiempo.

El *Payaso* recibió la segunda advertencia, muy en su lugar, por un artículo bastante atrevido. En él se decía cuando ménos que era un síntoma seguro de que la opinion general no estaba por el imperio el de que fuera sostenido en la prensa únicamente por los periódicos pagados. La advertencia llevaba invítita un mes de suspension.

En su último periodo se precipitaban ya los acontecimientos. El gabinete de Washington apresuraba la salida de los franceses; *L'Ere Nouvelle*, y *L'Estafette* se habian declarado contra la política de Maximiliano, los triunfos de los republicanos empezaron á hacerse frecuentes y el imperio mismo y sus partidarios comenzaban á sentir como los ruidos de un volcan en las entrañas de la tierra. Entonces apareció el *Payaso* en dobles dimensiones. Por cierto que ya no permitieron que salieran más que nueve números, pero en ellos quedó agotada la materia de lo que podía decirse en tales circunstancias. El Alcalde Mayor que siguió despues de Morett, y que era por cierto uno de mis amigos, fué el instrumento de que se valió el poder para terminar con mi periódico y entonces recibí la tercera y última advertencia, Como se mandaba que esta fuera publicada en las primeras líneas, daban la oportunidad de buscarle salida al postrer desahogo.

El *Payaso* se despidió con todo el brio de un campeón leal que no ha podido ser vencido en la arena, haciendo reir y llorar á la vez a tantos y tan buenos amigos como tuvo.

El *Pájaro Verde*, y otros órganos imperialistas le

cantaron un *de profundis* haciéndole los elogios acostumbrados.

El emperador mandó solicitar una coleccion del *Payaso* por conducto del Comisario Imperial.

Para concluir con la historia del *Payaso*, que bien caro me costó un poco despues, diré solamente que todavía en su número último se atrevió á decir con todas sus letras: «ha acabado por fin el combate de las palabras y va á seguir el triunfo de los hechos. ¡Victoria por la República!»